

Lunes, 13 de julio de 2020

“¡Abre Señor nuestro corazón, para que acojamos tu Palabra!”

Is 1,10-17 Oíd y escuchad a Dios: Lavaos, limpios, haced el bien.

Sal 49,8-23 Hablas contra tu hermano y ¿he de callarme?

Mt 10,34-11,1 El que pierda su vida por mí, la encontrará.

En estos tiempos tan convulsos, urge que oigamos, que escuchemos la voz de Dios. Urge que los cristianos comprendamos el proyecto al que nos llama el Señor. Lo que agrada a Dios no son ofrendas, sacrificios, normas y cumplimientos, sino el dejarnos amar por él, para que nos mueva a pasar por la vida haciendo el bien, que nuestras obras, nuestro comportamiento, sea como el de Jesús.

A Dios le duele nuestra hipocresía. Decimos que somos suyos, que Él es nuestro Dios, que Jesús es nuestro Camino, pero vivimos sumidos en nuestros rollos, olvidándonos de su palabra, de sus deseos, de que seamos “luz” verdadera en medio de este mundo tan oscuro.

¿Cómo es posible que nos digamos cristianos, cuando nuestra lengua se desata en improperios hacia nuestros hermanos? ¿Es que hemos olvidado que todos somos hijos de Dios, y por tanto somos hermanos?

Jesús amó, entregó su vida por llevar la Palabra, para rescatar al hombre de la muerte; para traer el reino, para dar sentido a esta vida que vivimos y ponernos en brazos de su Padre: **Por ellos me santifico, para que también ellos sean santificados** (Jn 17,19). Entregó su vida en rescate de la nuestra; su amor llevado hasta el extremo, por todos.

En el corazón de Dios estamos todos los hombres. ¿Cómo podemos decir nosotros, ése no sirve, ése es el malo, ése no es de los nuestros? **Mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni mis caminos son vuestros caminos** (Is 55,8).

¡Quitad vuestras fechorías de delante de Mí, aprended a hacer el bien, dejad de hacer el mal!

Sábado, 18 de julio de 2020

“¡Te necesitamos Señor, ven pronto a socorrernos!”

Mi 2,1-5 ¡Ay de aquellos que planifican injusticias!

Sal 9,1-14 ¡Levántate Señor, no te olvides de los desdichados!

Mt 12,14-21 He aquí a mi siervo en quien mi alma se complace.

El bien y el mal forman parte de nuestras vidas; el trigo y la cizaña tratan de anidar en nuestro corazón. Este mundo tan desorientado necesita personas que reflejen la luz de la verdad, la justicia, la paz.

Mira, Señor, nuestra pobreza, nuestra miseria, ayúdanos a dejarnos hacer de nuevo, pues queremos servirte, queremos llevar tu amor y tu palabra a los hombres.

Danos de tu Espíritu, para que todos los que creemos en Ti seamos testigos fieles, seamos sal que dé un toque de bondad y ternura a tantos ambientes de soberbia y altivez; que seamos una pequeña luz, que ilumine los corazones que viven en oscuridad.

Parece como que el profeta Miqueas estuviera viviendo en nuestro tiempo, porque también hoy padecemos la soberbia de los poderosos, que oprimen y aplastan a los desvalidos, que tramam maldad y hacen violencia a los pueblos.

Pero, Dios, no nos abandona, estamos en sus manos, en su nombre tenemos esperanza, tenemos razones para confiar en su misericordia, motivos para creer en su amor.

Es Cristo Jesús quien viene en nuestra ayuda, es el Siervo elegido, el amado del Padre, su complacencia; y viene para rescatarnos y recordarnos que a Dios no se le escapan nuestros sufrimientos, nuestras angustias, nuestros miedos. Viene a restaurar, a encender en el corazón del hombre los frutos de su Espíritu, a restablecer lo que estaba roto. Viene para que, tú y yo, tengamos vida y seamos vida para aquéllos que viven sin esperanza. Seamos, junto con Él, los siervos amados en quienes Dios se complace.

Miércoles, 15 de julio de 2020

“Un corazón contrito y humillado, tú, oh Dios, no lo desprecias”

Is 10,5-7. 13-16 Con el poder de mi mano y mi sabiduría lo hice.

Sal 93,5-15 Aplastan a tu pueblo y dicen: Dios no lo ve.

Mt 11,25-27 Has revelado estas cosas a la gente sencilla.

Perdona, Señor, esa prepotencia, ese orgullo y soberbia que habita en nuestros corazones; pues, siendo criaturas insignificantes, nos dejamos llevar por la soberbia, la vanagloria y pensamos que todo es obra de nuestras manos. **Con el poder de mi mano lo hice, con mi sabiduría.** Así pensamos en nuestra insensatez, sin percatarnos de que todo lo que tenemos es puro don tuyo, que nos pensaste, nos formaste y nos destinaste a ser el pueblo de tu propiedad personal.

Los hombres viven, en su mayoría, como si no hubiera Dios, como si Dios no viera ni oyera, y nos jactamos de ser los poderosos que todo lo consiguen por sus propias fuerzas. Hoy, tu Palabra, Señor, nos recuerda, nos enseña y nos pone en nuestro lugar: **¡Insensatos!, ¿cuándo vais a ser cuerdos?; el que plantó la oreja, ¿no va a oír?; el que formó los ojos, ¿no va a ver?**

Todos nuestros pensamientos, nuestras idas y venidas, están presentes ante Ti. Tú las conoces todas, **nos aprietas por detrás y por delante, todas nuestras sendas te son familiares.** Tú, Señor, nos instruyes, nos corriges, no nos abandonas. Ayúdanos a comprender que nuestra vida está en ti, es instrumento de tu amor, de tu paz, gloria de tu Nombre.

Danos, Señor, un corazón sencillo, un corazón enamorado de su Hacedor, que escuche su Palabra, que comprenda el proyecto de amor que tienes pensado para cada hombre, y podamos ser dóciles a tu Espíritu que nos guía, que nos muestra el camino, que nos enseña que en Ti vivimos, nos movemos y existimos. Gracias por revelarnos que Tú eres un Dios que no nos abandona nunca.

Jueves, 16 de julio de 2020

“Ntra. Sra. del Carmen”

“Eres elegido, enviado a llevar el amor de Dios a los hombres”

Za 2,14-17 Dios me ha enviado a ti.

Sal Lc 1,46-55 Engrandece mi alma al Señor.

Mt 12,46-50 ¿Quién es mi madre y quiénes mis hermanos?

¡Grita de gozo, alégrate!, porque tu Dios ha querido encarnarse en tus entrañas, ha querido llenarte de paz, rodearte de amor y de ternura. La experiencia del encuentro con Dios, borra del alma todo síntoma de tristeza, de miedo, de inseguridad. **Todo lo puedo en Aquél que me conforta**, nos recuerda Pablo. Y cierto es que, quien abandona su vida en el Señor, no queda nunca defraudado.

La experiencia de María, es la de sentirse habitada, y hace que vaya corriendo a ayudar a su pariente necesitada, y lleva en sí, la experiencia de vida y de amor que encarna en sus entrañas. Esto es lo que tiene el ser habitado por el Señor: el amor va al encuentro de los demás.

María es la “Madre”, porque acogió el ser madre de Dios. Acogió en su corazón la voluntad de Dios, dar carne al amor, ser concebida por el Espíritu de Dios: **Hágase en mí según tu palabra.**

No sólo los va a unir la carne y la sangre, sino que hay una unión divina, hay un amor compartido, una alianza carnal y divina, que forja entre ellos una comunión de vida y de amor especial, y a la que se nos invita a compartir a cada uno de nosotros. **“A Jesús, por María”** ella es nuestra esperanza.

Si escuchas la Palabra, si la acoges en tu corazón, si la encarnas en tu vida; serás familiar de Dios, pertenecerás a la familia de los hijos de Dios. Esto nos urge a ser testigos del amor de Dios, a que los cristianos nos dediquemos, en alma y cuerpo, a hacer vida la Palabra en nosotros. Así verá el mundo que Dios es nuestro Dios, que en Él se fundamenta nuestra vida, que somos testigos como lo fue María, su Madre, de que el amor de Dios es nuestro gozo y nuestra alegría.

Viernes, 17 de julio de 2020

“¡Todo es posible para el que cree!”

Is 38,1-6. 21-22 He oído tu plegaria y voy a curarte.

Sal Is 38,10-16 Yahveh, estoy oprimido, sal por mí.

Mt 12,1-8 Comprendedlo: Quiero misericordia, no sacrificios.

Nos recuerda San Pablo en Corintios: **“Todo me es lícito, mas no todo me conviene; todo me es lícito, mas ¡no me dejaré dominar por nada!** Ni Ley, ni norma, están nunca por encima del amor, por encima del hombre. **Ama y haz lo que quieras,** decía San Agustín, y qué cierto es; quien ama, no hace daño; quien ama, no habla mal del hermano; quien ama, entrega la vida para que el otro tenga vida.

Jesús, hoy, nos pide que levantemos los ojos al cielo, que escuchemos la voz de Dios, que nos dejemos interpelar por sus palabras, que son palabras de vida y nos engrandecen el corazón.

Dios conoce nuestras idas y venidas, nuestras angustias y miedos, nuestras limitaciones y pobreza, y sólo nos pide que acudamos a Él, que oremos, que le roguemos con sincero corazón que nos cure, que nos devuelva la vida. Nuestra oración es siempre escuchada, atendida, y siempre hay respuesta por parte de Dios, aunque no lo veamos.

Padre, si es posible aparta de mí este cáliz, pero no se haga como yo quiero, sino como quieres Tú. Jesús ora al Padre, porque sabe que el Padre siempre le dará lo mejor, aunque Él, a bote pronto, no lo pueda vivir así. El rescate del hombre requería que fuese torturado, crucificado, muerto, para que en su ofrenda fuese resucitado. Los planes de salvación de Dios, pasaron por su dolor, su agonía y su miedo.

Si nos atreviéramos a pedir con fe... Si comprendiéramos que el que da la vida la recupera para la eternidad... Si pudiéramos tener un corazón ancho, bondadoso, misericordioso con todos, ¡qué no haría Dios por nosotros y en nosotros! Dejemos nuestros temores y miedos en sus manos y tengamos fe en que Él todo lo hará bien.

Martes, 14 de julio de 2020

“El amor de Dios es siempre fiel contigo, ¡sé agradecido!”

Is 7,1-9 Si no os afirmáis en mí, no seréis firmes.

Sal 47,2-8 Dios es nuestro baluarte.

Mt 11,20-24 Habrá menos rigor para Sodoma que para ti.

El mal de nuestro tiempo, es creer que todo lo podemos conseguir por nuestras propias fuerzas. Repetimos constantemente: yo sé, yo puedo, yo tengo..., y no somos conscientes de que todo es puro don gratuito del amor de Dios. Tengo trabajo, tengo salud, tengo una familia..., tengo, tengo, tengo. Pues no te olvides de ser agradecido a Dios, que es quién nos cuida y nos protege.

Dios quiere corazones arrepentidos, convertidos, donde Él pueda habitar y vivir a lo grande, donde Él pueda morar y sentirse como en casa.

Los pilares de Babel fueron el orgullo, la soberbia que a Dios no le gusta. Sin embargo, se entenece ante aquéllos que se muestran pequeños, débiles, limitados, y se refugian en él, encontrando un baluarte, una roca donde asientan la vida.

Podemos caer en la tentación de pensar que ya tenemos ganado el cielo: no robamos, no matamos, cumplimos, y eso nos hace sentirnos satisfechos. Y con esta actitud nos cerramos a la gracia, a la ternura de Dios; le atamos las manos a Dios que no puede hacer nada por nosotros.

Dice María, nuestra Madre: **Mi espíritu se alegra en Dios mi salvador, porque ha mirado la humildad de su esclava.** ¿Acaso tenemos motivos para encumbrarnos? Si nuestro corazón no se abre ni se convierte al amor de Dios, ¿de qué nos enorgullecemos? Lo que Dios quiere es un corazón sencillo y humilde, abierto a su palabra, capaz de encarnar su amor y ser amor en todos los ambientes que a cada uno nos toca vivir. Que nuestra fe sea firme, no vacile, crea y espere siempre en la Palabra de Dios. Él es nuestro baluarte y nuestra alegría.

Domingo, 19 de Julio de 2020

16º Tiempo Ordinario

“En nuestra debilidad, Dios es grande”

Sb 2,13. 16-19 Veamos si sus palabras son verdaderas.

Sal 85,5-16 Tú Señor, clemente y compasivo, ¡vuélvete a mí!

Rm 8,26-27 El Espíritu viene en ayuda de nuestras flaquezas.

Mt 13,24-43 Vino su enemigo, sembró encima cizaña y se fue.

Hoy, la palabra de Dios nos invita a la coherencia de vida, a que nuestras obras den testimonio de nuestras palabras. Sólo si nuestras palabras se ven arropadas por nuestras buenas obras, seremos sal y luz en medio de este mundo.

Se nos invita a vivir atentos a lo que sucede a nuestro alrededor, porque el diablo está presto a separarnos del amor, a sembrar en nosotros ideas y razones que nada tienen que ver con lo que Dios quiere de nosotros. Si decimos que somos hijos de Dios, si nos consideramos justos, que nuestras obras refrenden nuestras palabras.

Dios es clemente y compasivo, tardo a la cólera y rico en amor; dejemos que sea él el que guíe nuestra vida. ¿Nos corresponde arrancar la cizaña? Si se nos invita a dar frutos de vida y de amor. Si Dios es paciente, ¿por qué nosotros enseguida condenamos y damos por perdidos a nuestros hermanos, ésos que quizás, en su ignorancia, aún no han conocido el amor con que son amados?

Disfrutemos de ser amados para que lo que salga del corazón sea el amor que recibimos. Dios nos llama a ser imagen de Jesús, que pasó por la vida haciendo el bien, curando, rescatando lo perdido, levantando los corazones de los que estaban abatidos. Nuestra misión, como cristianos, es dar frutos de vida, es tener un corazón compasivo, es amar, confiando que el amor es más fuerte que la muerte, que el amor tiene fuerza de vida, de restaurar, de hacer nuevas todas las cosas. Somos débiles, pero el Espíritu viene en nuestro auxilio.

Señor, ayúdame y haz de mí lo que quieras.

Pautas de oración

**De mi mano sólo sale buena semilla,
todos los hombres llevan mi imagen.**



**Si os apartáis de mi lado,
¿qué sale de vosotros?**

DIOCESIS DE ALCALA DE HENARES